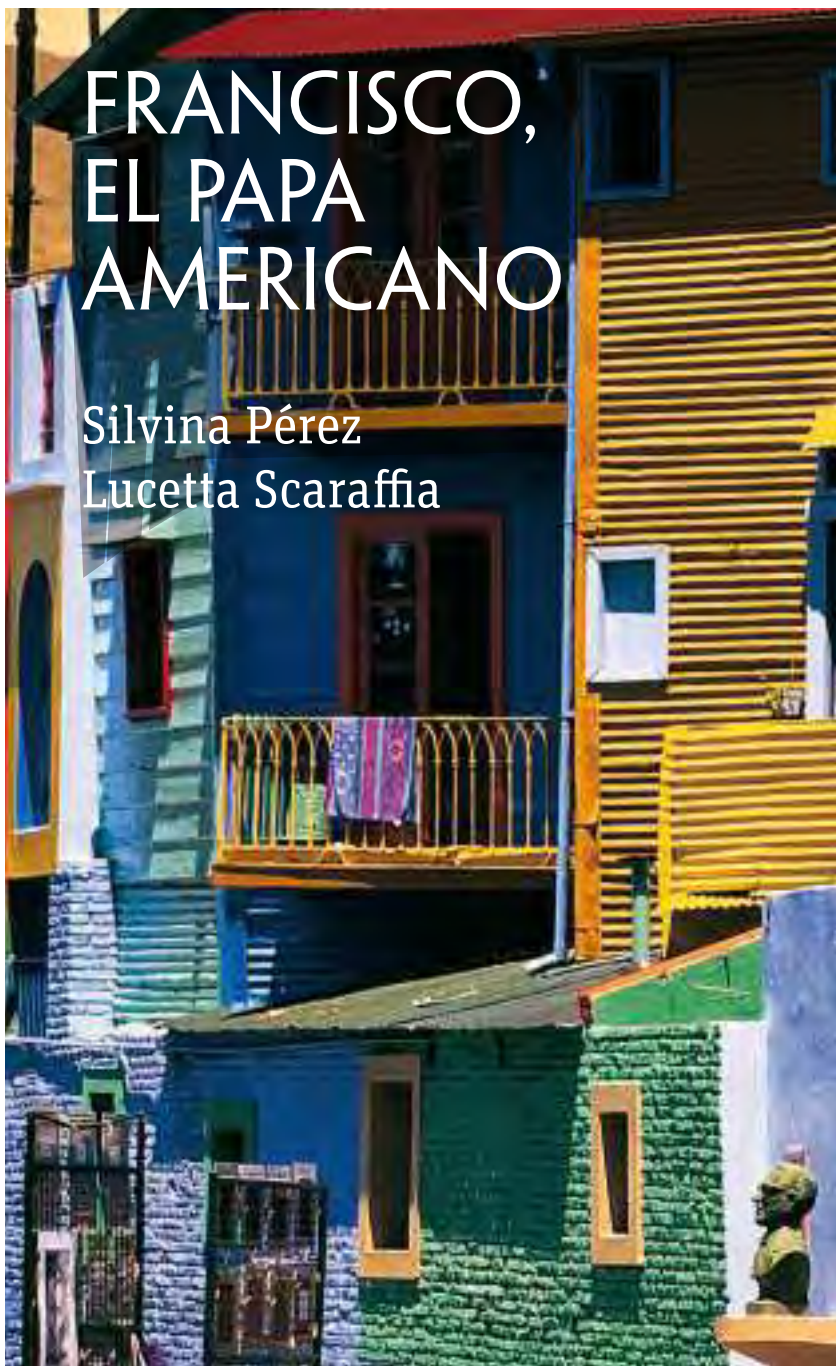


FRANCISCO, EL PAPA AMERICANO

Silvina Pérez
Lucetta Scaraffia

ACTUALIDAD



Diseño de cubierta: Estudio SM

Título original: *Francesco, il papa americano*
Traducción de Pedro Ignacio Fraile Yécora

© 2017, Vita e Pensiero

© 2018, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ppccedit@ppc-editorial.com

www.ppc-editorial.es

ISBN 978-84-288-3310-3

Depósito legal: M 27749-2018

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

INTRODUCCIÓN

La tarde del 13 de marzo de 2013 se comprendió muy pronto que el «nuevo papa» era un «papa nuevo». Muy importantes eran los elementos de novedad representados por aquella elección, tan rápida como esperada, pero sobre todo sorprendente. Jorge Mario Bergoglio, el obispo de 76 años de Buenos Aires, era casi un desconocido, pero en pocos minutos, en medio mundo, se insistió en que, por vez primera, el pontífice era un americano, por vez primera era un jesuita, por vez primera había adoptado el nombre de Francisco. Hacía casi trece siglos que no había sido elegido como obispo de Roma una persona no europea.

En la Edad Antigua y Altomedieval, al menos once papas habían venido de las latitudes orientales o africanas del Mediterráneo; el último había sido un sirio, Gregorio III, muerto en el 741. Se confirmaba además la elección de un «no italiano», clamorosamente pedida después de casi medio milenio de pontífices italianos en el segundo cónclave de 1978, pues el último «extranjero», un flamenco, había muerto en 1523. En el año 1978 había sido elegido por vez primera un eslavo, el polaco Karol Wojtyła, de 58 años; y en 2005 había sido elegido el alemán Joseph Ratzinger, de 78 años: una sucesión geopolíticamente simbólica que, al final de un largo proceso marcado por progresivos acercamientos, se podía interpretar como curación definitiva de las cicatrices europeas dejadas por la Segunda Guerra Mundial, iniciada con la invasión de Polonia por parte de las tropas del Tercer Reich.

Madurada por el colegio de cardenales, la elección del arzobispo de Buenos Aires fue, por tanto, una elección audaz y rápida –un solo día de cónclave, como ocho años antes– para responder al trauma de la renuncia de Benedicto XVI. Esta había tenido lugar un mes antes, el 11 de febrero, y había sido efectiva, con la consecuente apertura de la sede vacante, a las 20 horas del 28 de febrero. A su vez, el gesto del papa alemán, de 87 años, había caído como un rayo en un momento de relativa calma, después de una convulsa estación de tempestades internas en la Iglesia: escándalos vergonzosos, fuga de documentos reservados dirigidos al pontífice (con el añadido de un proceso en el Vaticano y de una investigación conducida por una comisión cardenalicia), turbulencias y enfrentamientos en el pequeño mundo vaticano, entre polémicas y campañas mediáticas insistentes y, con frecuencia, manipuladas.

Se había difundido por aquellos días un clima que reclamaba un *papa angelicus*, creencia nacida en el siglo XIII, que soñaba con un pontífice ideal necesario para la verdadera reforma de la Iglesia. Innumerables veces fueron repetidas en la televisión las imágenes de un extraño personaje vestido de saco y descalzo, inclinado bajo la lluvia helada de aquel día, esperando la *fumata blanca* en la plaza de San Pedro con un cartel al cuello donde se leía: «Papa Francisco». Ningún pontífice había tomado nunca este nombre, que en el latín medieval remitía a Francia y con el que el comerciante Bernardone llamaba a su hijo, bautizado como Juan. Un nombre, por tanto, extraño a la tradición judía y cristiana hasta la vida extraordinaria del santo de Asís, figura ejemplar que pareció a sus contemporáneos como un segundo Cristo –*alter Christus*–. Con el tiempo llegó a ser un nombre cristiano por antonomasia, porque expresaba universalmente la radicalidad evangélica vivida por san Francisco.

Al igual que las elecciones de Wojtyla y Ratzinger, tampoco la de Bergoglio estaba prevista, a excepción de poquísimos observadores, pero no por la gran mayoría de los periodistas especializados –los así llamados vaticanistas– en 1978 y en 2005, aferrados a imaginar motivos de carácter geopolítico que habrían excluido la elección primero de un polaco y más tarde de un alemán; sin embargo, ambas se hicieron realidad. Igualmente sorprendente fue la renuncia de Benedicto XVI, si bien, en 2010, el papa había hablado de forma realista de esta hipótesis en una larga entrevista publicada como libro por el periodista y escritor alemán Peter Seewald. Una eventualidad, la de la renuncia de un pontífice, en distintos momentos prevista por las normas de la Iglesia, pero que no había tenido lugar en siglos.

En los días de la sede vacante volvieron a entrecruzarse las candidaturas de los periodistas, interesadas, como de costumbre, insistiendo en algunos nombres de los cardenales italianos. Pero, al igual que en 2005, estas previsiones se revelaron poco conectadas con la realidad, hasta llegar a un desenlace sin precedentes. Sucedió un equívoco clamoroso cuando se multiplicaron las felicitaciones pocos minutos después del anuncio del nuevo papa. Se había infiltrado el nombre del arzobispo de Milán, el cardenal Angelo Scola, en un mensaje –enviado por correo electrónico por la Secretaría de comunicación de la Conferencia Episcopal Italiana a los periodistas acreditados– que acompañaba un texto redactado por el presidente, el cual, sin embargo, se congratulaba con el pontífice realmente surgido del cónclave, Bergoglio.

En este contexto mediático poco atento a las dinámicas reales en el colegio cardenalicio, el 9 de marzo, durante las congregaciones generales, el arzobispo de Buenos Aires había hablado durante pocos minutos. Las palabras del cardenal argentino insistían en la «dulce y reconfortante alegría de

evangelizar», expresión de Pablo VI que de ahí a pocos meses inspiraría el título, *Evangelii gaudium*, del largo documento programático de su pontificado. «La Iglesia está llamada a salir de sí misma e ir hacia las periferias, no solo las geográficas, sino también las existenciales: las del misterio del pecado, del dolor, de la injusticia, de la ignorancia y de la ausencia de fe, las del pensamiento, las de cualquier forma de miseria», había dicho Bergoglio a los cardenales. En fin, delineaba el perfil del próximo pontífice: «Un hombre que, mediante la contemplación de Jesucristo y la adoración de Jesucristo, ayude a la Iglesia a salir de sí misma hacia las periferias existenciales».

Un papa misionero, por tanto, el dibujado tres días antes del inicio del cónclave por el arzobispo de Buenos Aires, de 76 años, candidato excluido en las previsiones de los periodistas por su edad avanzada, olvidando que Ratzinger, en el momento de su elección, contaba 78 años. Como se sabe, de la capilla Sixtina salió elegido el cardenal Bergoglio después de un solo día de votaciones, generando una sorpresa semejante solo a la de la elección de Wojtyla, también clamorosa: como «obispo de Roma» proveniente de un «país lejano» se había presentado Juan Pablo II; como «obispo de Roma» proveniente de «casi el fin del mundo» se presentó a sí mismo Francisco.

Bergoglio es un papa misionero, coherente con su vida de jesuita formado en el Concilio; por esta razón ha sido también el primer pontífice que no participó en el Concilio Vaticano II. El papa, sin embargo, crecido con convicción en el espíritu del Concilio, es hijo suyo en un sentido pleno.

No es casualidad que, en su breve intervención durante la sede vacante, la única cita literal, además de la ya citada de *Evangelii nuntiandi*, de Pablo VI, fuera la de uno los principales documentos conciliares, *Gaudium et spes*. Este breve

texto evoca asimismo un tema querido al teólogo jesuita Henri de Lubac, el de la «mundanidad espiritual», y el motivo patrístico –estudiado por otro jesuita, Hugo Rahner– del *mysterium lunae*. Según esta imagen simbólica, la Luna representa a la Iglesia, porque, al igual que el astro nocturno, atraviesa fases crecientes y menguantes, pero no tiene luz propia, porque está iluminada por el Sol, o sea, por Cristo. Unas citas aún más interesantes si tenemos en cuenta que a Bergoglio no le gusta citar, a excepción de las propiamente bíblicas.

Francisco es radicalmente distinto de sus predecesores, como indica la elección de un nombre papal no solo en discontinuidad con los nombres precedentes, sino nuevo del todo, si bien presenta elementos de continuidad sustancial con los pontífices posteriores al Vaticano II, a los que se refiere habitualmente. Sobre todo, sin énfasis y con un escaso recurso a las citas, se ha referido a Pablo VI, a quien en el año 2014 proclamó beato y que será proclamado santo. En el mismo año canonizó juntos a Juan XXIII y Juan Pablo II, papas muy distintos entre sí, en una especie de equilibrio hagiográfico. Una decisión semejante a la que Wojtyła tomó el año 2000 con la beatificación simultánea de Pío IX y de Roncalli, medio siglo después de la recuperación de una dimensión inusual y problemática como la de la santidad papal. En la primera mitad de los años cincuenta, Pío XII, a su vez, había beatificado y canonizado a Pío X.

Si bien ya en el año 1963 Montini, pocos días antes de ser elegido en cónclave, hablaba de la posibilidad de un papa no italiano, no muchos, como se ha indicado, esperaban un polaco en 1978 y un alemán en 2005. De forma casual, quien previó de alguna forma la elección de un argentino, en tiempos de Juan Pablo II, no fue un prelado o un vaticanista, sino el actor estadounidense de origen mexicano Anthony Quinn. Él había interpretado en 1968 a un imaginario papa ucra-

niano, Kiril, en la película *Las sandalias del pescador*, versión cinematográfica de la novela homónima de Morris West, publicada en 1963. Unos años más tarde se encontró en Roma con el periodista y escritor español Arturo San Agustín, y en la conversación se planteó la posibilidad de un pontífice latinoamericano. «Ojalá fuera un mexicano», dijo entonces el periodista; a lo cual el actor replicó con seguridad que el primero sería un argentino, y se echó a reír. Ninguno de los dos conocía al jesuita Bergoglio, pues, entre otras cosas, aún no era cardenal, pero, después de su elección, San Agustín recordó aquella singular premonición.

Argentino, nacido en una familia de emigrantes italianos de sólidas raíces piamontesas, un puente entre el Antiguo y el Nuevo Mundo o, mejor aún, «el fin del mundo», evocado por el nuevo papa en las primeras palabras pronunciadas desde la logia de San Pedro en aquella tarde gélida y lluviosa del final del invierno. Más aún, se trataba de un pontífice proveniente de una Orden religiosa –como no había sucedido desde 1831, cuando fue elegido el camaldulense Capellari–, y por vez primera un jesuita, siguiendo una elección de vida madurada progresivamente por el papa desde que el 21 de septiembre de 1954, cuando aún no tenía 18 años, intuyó cuál debía ser su camino espiritual.

El mismo Bergoglio, en 1990, antes de ser obispo, había contado la historia de su vocación en una larga carta –iné-dita, publicada al final de este libro– dirigida al salesiano de origen lodigiano Enrique Pozzoli, quien lo había bautizado el 25 de diciembre de 1936, ocho días después de su nacimiento; era la fiesta de San Mateo. En la narración manuscrita personalmente por el jesuita, a la edad de 54 años, aparece la expresión *miserando atque eligendo*. Tomada del comentario medieval de Beda a la llamada del publicano por parte de Jesús, estas tres palabras serían dos años más tarde

el lema episcopal de Bergoglio, nombrado en 1992 obispo auxiliar de Buenos Aires. El Señor, en aquel día en el que se iniciaba la primavera austral, tuvo misericordia de él y lo eligió *–miserando atque eligendo–*, tal como le había sucedido al apóstol, que desde aquel momento le siguió.

La historia y los sucesos dramáticos de Argentina en los últimos treinta años del siglo xx son el contexto en que se ubica la trayectoria personal y el papel público de Bergoglio; primero entre los jesuitas, más tarde como obispo de la capital. Trayectoria y papel que permiten reconstruir el perfil de un religioso formado según la tradición exigente y dúctil de la Compañía de Jesús, una Orden de frontera, puesta a prueba en años durísimos. A estos siguió el comienzo inquietante del nuevo siglo, marcado por dificultades económicas y sociales crecientes; de forma general en el gran país sudamericano y, en particular, en Buenos Aires, megalópolis marcada por llamativos contrastes. Una situación a cuya luz se comprende perfectamente, entre las preocupaciones del papa, la centralidad de las periferias, las reales y las metafóricas, descritas en la ya citada intervención de Bergoglio antes de su elección: las periferias «del misterio del pecado, del dolor, de la injusticia, de la ignorancia, de la falta de fe, del pensamiento, de cualquier forma de miseria».

A comienzos del año 2001, el arzobispo argentino fue creado cardenal, y en otoño sustituyó en el Sínodo al relator designado, involuntariamente retenido en su diócesis de Nueva York, por el atentado del 11 de septiembre. A este inicio en un escenario católico internacional le siguieron en 2005 la sede vacante y, más tarde, el cónclave, donde, según recreaciones por otra parte no controlables, Bergoglio recibió un número no desdeñable de votos. En la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano de Aparecida, que tuvo lugar en 2007, destacaron el papel y la eficacia del cardenal.

Así es fácil comprender que, tras la renuncia de Benedicto XVI, la figura del arzobispo de Buenos Aires estuviera muy presente entre los electores (si bien no entre todos, como se ha indicado). La rápida elección de los cardenales, según la opinión de quienes conocían a Bergoglio, debió de parecer al elegido, habituado a la reflexión espiritual, un momento posterior a aquella primera llamada que había escuchado en años ya lejanos.

Un papa en muchos aspectos «nuevo», Francisco ha expresado una relación muy estrecha con su predecesor, hasta el punto de mostrar como normal la novedad de su renuncia, para muchos considerada como perturbadora. El pontífice tuvo un largo encuentro con él diez días después de su elección y, en un gesto sin precedentes, quiso retomar la última encíclica ya casi acabada y que, al firmarla, hizo propia. *Lumen fidei* se convirtió así en el primer documento de Francisco, quien, algún mes más tarde, expuso sus líneas programáticas en la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*. Este fue el primer elemento del tríptico que marcó los tres primeros años de su pontificado, completado con la encíclica social *Laudato si'*, dedicada al cuidado de la creación, y por otra Exhortación, *Amoris laetitia*, fruto de dos Sínodos sobre la familia. Los tres textos son muy largos, caracterizados por un amplio recurso a documentos de episcopados de los distintos continentes. De esta forma se refleja en estos documentos papales la dimensión colegial del primado romano, papel ejemplar de comunión y de servicio que el pontífice reivindicó con fuerza en el discurso conclusivo del primer Sínodo, y que ejercita cada día en el gobierno de la Iglesia.

La novedad más llamativa y expresiva del nuevo papa ha sido la decisión, tomada en las primeras semanas de pontificado, de vivir en Santa Marta, a pocos pasos de la basílica de San Pedro, en una residencia donde se hospedan algunas

decenas de eclesiásticos y personas de paso; ya no reside en el apartamento del palacio Apostólico, usado durante casi un siglo y medio por sus predecesores, después de la toma de Roma. La repercusión de esta decisión de Francisco ha sido enorme. Vista como señal de humildad, su decisión ha sido explicada por Bergoglio como una necesidad de no aislarse. Una explicación, la de Francisco, que no se opone a la percepción pública, sino que en realidad es distinta y coherente con otra decisión: la invitación a varios fieles, algunos días de la semana, a que participen en la misa matinal que él celebra en la capilla de Santa Marta.

Desde una perspectiva histórica, esta decisión del pontífice constituye la superación definitiva del trauma y de las consecuencias de la toma de Roma, que había llevado a la restricción y a la «reclusión» de sus predecesores durante sesenta años, desde 1870 a 1929, en los palacios y jardines vaticanos. Tuvieron que transcurrir otros treinta años para que los papas salieran del ámbito vaticano y romano; Pablo VI fue, entre 1964 y 1970, quien viajó por vez primera a los cinco continentes. Quedaba un aislamiento simbólico en el palacio Apostólico, que ha sido superado por la elección de Santa Marta y por otros gestos elocuentes; por ejemplo, los ejercicios espirituales con los prelados de la Curia ya no se predicaban en el Vaticano, sino en una residencia religiosa fuera de Roma.

En esta tendencia a la simplificación hay que incluir también la minimización de los restos de la antigua corte papal. En 1968 ya había sido abolida por Montini; la mentalidad de corte ha sido repetidamente rechazada por Bergoglio como expresión de esa mundanidad espiritual deplorada en su intervención precedente al cónclave. Nunca han faltado, obviamente, críticas y resistencias inevitables y recurrentes en cada pontificado, pero equilibradas por el amplio consenso

público que valora la figura y la obra del papa. La relación del pontífice con la Curia recuerda la de Pablo VI, si bien está marcada tanto por un conocimiento durante treinta años del mundo vaticano como por un punto de vista privilegiado, el de la Secretaría de Estado desde 1937 a 1954.

Un mes después de su elección, cumpliendo una sugerencia propuesta en las reuniones de los cardenales durante la sede vacante, Francisco puso en marcha un consejo de ocho cardenales para la reforma de la Curia y para el gobierno de la Iglesia, eligiendo a los consejeros de los cinco continentes (tres por América, dos por Europa, uno por África, uno por Asia y uno por Oceanía), incluyendo al Secretario de Estado, el italiano Pietro Parolin, a quien nombró algunos meses más tarde y a quien poco después, en el primer consistorio, ha creado cardenal. Hay que tener en cuenta que también en la elección de los cardenales Bergoglio acentúa la tendencia a ampliar la presencia de eclesiásticos no europeos, que ya es mayoritaria entre los electores (los cardenales que aún no han cumplido 80 años).

Francisco lleva a término de esta forma el proceso de internalización del colegio cardenalicio –y también de los organismos curiales–, iniciado por primera vez con decisión por Pío XII en 1946, pocos meses después del final de la Segunda Guerra Mundial. En la reforma de la Curia, crecida enormemente durante los pontificados de Juan Pablo II y de Benedicto XVI, el papa ha tenido que afrontar en primer lugar, a causa de la repetición de escándalos, las estructuras financieras y económicas, sobre las que ha tenido que volver a intervenir en distintas ocasiones. Queda aún por cumplir el objetivo de simplificación y de racionalización, indispensables para un papel y una función que deben ser ejemplares, como ya había indicado Pablo VI en el discurso a la Curia del 21 de septiembre de 1963, tres meses después de su elección.

El pontífice ha impulsado elementos de colegialidad en el gobierno de la Iglesia, previstos en el Concilio, convocando asambleas sinodales que en los primeros años del pontificado han tocado el tema crucial de la familia. Su perspectiva es la propia de Bergoglio, o sea, la misionera; esto es, la salida de las clausuras, de los clericalismos, de la autorreferencialidad, para permitir el testimonio y el anuncio del Evangelio.

Francisco lo repite continuamente con un modo de comunicar verdaderamente eficaz que une tradición y una inteligencia capaz de comprender los fenómenos y las contradicciones de la contemporaneidad, también criticada severamente, pero nunca con palabras de condena. Son centrales en esta comunicación las predicaciones de Santa Marta, muy seguidas. Pero también las entrevistas, numerosas más que nunca, y las conferencias de prensa durante los viajes internacionales. Sobre todo, estas últimas permiten al papa expresarse con inmediatez, casi como en una conversación privada, si bien con frecuencia los medios de comunicación tienden a encerrar a Bergoglio en estereotipos reductivos que no le representan realmente y sobre los que él mismo ironiza, como cuando asegura que el papa es «católico», al menos tanto como sus críticos preocupados por su ortodoxia.

A medio siglo desde la conclusión del Concilio que ha renovado profundamente el rostro del catolicismo, pero que todavía debe ser puesto en práctica, las perspectivas del pontificado de Francisco deben afrontar los mismos desafíos en un contexto histórico que ha cambiado radicalmente. El papa se centra en el compromiso de los laicos; de forma particular, afrontando la cuestión femenina, cada vez más actual, con la necesidad de una nueva cultura política. También le preocupa el problema de los pobres en el escenario de la globalización y en el contexto de un ambiente cada vez

más degradado, sufrido de forma mayoritaria por los más pobres. El pontífice ha retomado también con fuerza el diálogo ecuménico y el diálogo con las religiones no cristianas, que solo puede ser fructífero –repite continuamente Bergoglio– si está clara la propia identidad. Una identidad que, para el papa venido «de casi el fin del mundo», es misionera, porque se funda en el anuncio del Evangelio.

GIOVANNI MARIA VIAN

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN, de Giovanni Maria Vian	5
BERGOGLIO, <i>Silvina Pérez</i>	17
Emigrantes	17
Padre Jorge	25
Los años de la dictadura	31
El obispo Bergoglio: Dios vive en la ciudad	42
Aparecida: pruebas técnicas de pontificado	52
Un laberinto llamado Buenos Aires	57
FRANCISCO, <i>Lucetta Scaraffia</i>	71
Un papa que sorprende	71
El jesuita	75
La reforma: una casa en obras	78
Los primeros viajes	85
Las entrevistas	93
Mirando al mundo	96
El islam, el judaísmo y otras confesiones cristianas	102
Un Jubileo poco europeo	107
Las mujeres	110
Los documentos	113
Argentina	117
Las críticas	119
HISTORIA DE UNA VOCACIÓN, de Jorge Mario Bergoglio	123